

Eslabón

para la recomposición
de las fuerzas marxistas



Organo de la Unión de Militantes por el Socialismo

Año XV - Nº 95 - mayo de 2011 - Argentina - \$2

La presidente pelea con Moyano por exigencia del capital y por táctica electoral

Ahora, guiño a derecha

Consumado con éxito el guiño a izquierda sostenido durante el último año, en su intento por ganar en primera vuelta el elenco gobernante necesita apelar al gesto inverso. Lo está haciendo. Eso es el choque frontal de la presidente Cristina Fernández

con la cúpula de la CGT en su discurso del 12 de mayo, en el cual, con tono plañidero, amenazó veladamente con no presentar su candidatura si no cesan las demandas salariales y su utilización para el reparto de cargos con vista a la rebatiña electoral.

Eso es el choque frontal de la presidente Cristina Fernández con la cúpula de la CGT en su discurso del 12 de mayo, en el cual, con tono plañidero, amenazó veladamente con no presentar su candidatura si no cesan las demandas salariales y su utilización para el reparto de cargos con vista a la rebatiña electoral.

En su momento adelantamos nuestra certeza de que el gobierno adoptaría un discurso de izquierda por razones estrictamente electorales y a contramano de sus necesidades políticas en un sentido más general.

También adelantamos que Hugo Moyano avanzaba a paso firme en el terreno político, así como señalamos la manera como las nunca resueltas -ni siquiera atacadas- fallas estructurales de la economía nacional, comenzaban una vez más a hacerse presentes, pese a lo cual todo estaría condicionado por el guiño a izquierda del elenco oficial, electoralmente imprescindible.

Ahora asistimos al movimiento inverso, con los mismos fundamentos y más riesgos para sus ejecutores. Por razones electorales el gobierno necesita dar una señal a la derecha y el centro. Eso, un guiño

-y no un viraje- es la confrontación oficial con el sindicalismo súbitamente descubierto como «corporativo».

Lejos de una amenaza de renuncia real, se trata de una táctica crudamente electoralista. Según sondeos, el titular de la CGT Hugo Moyano tiene en Buenos Aires un 80% de imagen negativa. En tanto único punto de apoyo consistente del oficialismo, esta camarilla reclama compromisos para candidatos a cargos electivos y ministeriales del próximo gobierno. Para ello apela a una seguidilla de conflictos que, de paso, muestran un subsuelo diferente a la superficie calma donde, según tirios y troyanos, la elección de Fernández estaría garantizada desde ya.

Esos conflictos, sin embargo, reflejan mediante el distorsionado prisma de una burocracia corrupta, la presión objetiva (subrayémoslo: objetiva, no subjetiva) de la clase obrera y el conjunto de los asalariados por la distribución de la renta nacional, empujada de un lado por el crecimiento de la economía y de otro por la acuciante escalada de precios. Sólo dos datos a tener en cuenta: en abril la inflación superó el

2,2% y en el primer trimestre la fuga de capitales fue de 3700 millones de dólares (alrededor de 6000 si se proyecta hasta fin de mayo). Allí puede medirse el fundamento objetivo del malestar de los asalariados en general y de las capas medias bajas por la suba de precios, así como el temor de los sectores medios altos, que ya en lugar de comprar televisores plasma, autos nuevos y departamentos para consumir o refugiar sus excedentes, comienzan otra vez a fugar hacia el dólar (téngase en cuenta que en los cuatro años anteriores hubo un drenaje de 60 mil millones de dólares, pero en 2010 la disparada cedió significativamente, marcando con nitidez la curva de aceptación social al gobierno).

De tal manera, el oficialismo necesita a la vez poner un freno a las demandas salariales, tomar distancia de la cúpula cegetista y, con ambos gestos, contener en su ámbito reeleccionista a sectores de la burguesía (volveremos sobre este punto) y ganar espacio en los centros urbanos, vitales para alcanzar la victoria electoral en primera vuelta.

La táctica elaborada por el de-

partamento creativo de la Casa Rosada, consiste en mostrar el desgarrador sufrimiento de una viuda que debe continuar gobernando una Argentina por fin feliz, justa e igualitaria, pero el hombre malo (también feo y sucio, según ironiza el propio Moyano) no la deja.

Cabe una observación: en el actuado libreto de CF denunciando a la CGT, se pudo percibir un grado de descontrol personal impensable en quien tiene el piso firme bajo los pies y el futuro asegurado. Como quiera que sea, lo cierto es que el guiño a derecha implica un ataque a los trabajadores que demandan salarios, un ultimátum a las dirigencias sindicales (el mismo día del discurso el ministro de Trabajo amenazó con quitarle la personería gremial al sindicato de Petroleros Privados) y, con esto, entregar la ofrenda propiciatoria a las patronales además de, potencialmente, quitar una fuente de alimentación a la inflación: buena parte de los sindicatos reclaman aumentos de entre el 32 y hasta el 40% en las paritarias, mientras que aquellos que cerraron meses atrás por un 24%, entre ellos Camioneros, están replanteando sus demandas.

¿Audacia o huida hacia delante?

La incógnita es si CF da este paso contra Moyano porque tiene o cree tener la fuerza suficiente, o lo hace porque está entre la espada y la pared. Para llegar a una conclusión fundada, hay que salir del episodio.

Entre la derrota electoral del 28 de junio de 2009 y la muerte de Néstor Kirchner ocurrió algo fácilmente comprobable: el distanciamiento en masa de la gran burguesía respecto del gobierno. Un año y medio después, la combinación de

sostenido aumento del PBI y el fallecimiento de Kirchner, produjo un nuevo cambio relativo en la posición de la burguesía.

Decíamos en diciembre de 2009, a medio camino entre la derrota oficial en las elecciones parlamentarias y la muerte de NK:

«Asistimos a un realineamiento de clases y sectores. La gran burguesía promotora del golpe de mano en 2001 ha girado 180 grados en relación con el elenco gobernante.

Si bien este equipo nunca fue bienvenido por los otrora llamados «capitanes de la industria», hasta fines de 2005 respaldaron al gobierno por dos razones obvias: temían los remezones eventualmente incontrolable de la comoción 2001/2002, y estaban haciendo suculentos negocios. A partir de esa fecha, tras la elección legislativa de octubre y la posterior remoción de Roberto Lavagna, el temor había pasado a segundo plano y las superganancias se restringieron a un sector de los de arriba, al que algún economista denominó «capitalismo de amigos».

Como palancas de aquel punto de inflexión se puede señalar lo siguiente:

- comenzaron a reaparecer aunque de manera tenue las debilidades estructurales de la economía y el ordenamiento social, anunciando la obligada finalización de un ciclo, que un año después estallaría con el conflicto agrario y se agravaría por el colapso de la situación mundial;

- la estatización de Sidor, la empresa de Techint en Vene-

zuela, obligaba al gobierno a salir en defensa de Rocca o defender la línea estratégica de Chávez. Hizo a medias lo primero (hubo nerviosas comunicaciones con Caracas, esperando revertir la medida; en su momento citamos textualmente una entrevista de Kirchner a La Nación, donde se alineaba inequívocamente contra la Revolución Bolivariana, pero no decidió salir públicamente) y desechó por completo lo segundo. El saldo neto no podría haber sido otro: Techint le quitó el condicionado respaldo que hasta ese momento le había dado.

Con diferente ritmo y grado, el conjunto de la burguesía industrial hizo lo mismo. Después de concretar un negocio clave gracias a la concesión de Kirchner, Clarín acompañó ese movimiento (esto último, sumado a la incorporación de una camarilla igualmente oportunista de la UCR, permitió que Fernández ganara las elecciones, con una mínima diferencia para no ir a segunda vuelta)» (Eslabón N° 86).

El panorama cambió aproximadamente un año después, a causa de los factores señalados, dando paso a una sustantiva mejora en la calificación social del gobierno. Un sector del capital -económica y políticamente minoritario y subordinado- volvió a imaginar un mejor futuro para sus empresas mediante la continuidad de CF. Entre otros movimientos, esto produjo un desplazamiento en la cúpula de la Unión Industrial Argentina (UIA). No es un dato secundario que en la asunción de Ignacio de Mendiguren (ex

ministro de Eduardo Duhalde y motor de la hiperdevaluación «competitiva» del 400%), estuviera ausente una delegación presidencial y presente Moyano. Allí se consumaba un cambio de relaciones de fuerzas internas y el perdedor en la circunstancia fue el grupo Techint. El cambio fue posible por el desplazamiento táctico de algunas multinacionales europeas, notoriamente Fiat (esta empresa recibe todavía voluminosos subsidios del Estado para pagar a sus empleados). A partir de ese nuevo equilibrio, la UIA se ponía a tono con las encuestas que anunciaban un creciente apoyo electoral para CF. Por el contrario, la Asociación Empresaria Argentina (AEA), que nuclea a las mayores empresas del país -medidas en peso económico e influencia política- mantuvo la política de no reelección. Téngase en cuenta que varios componentes de la UIA (otra vez Techint) están también en la UIA.

Dicho de otra manera: la lucha interburguesa quedó claramente planteada en el terreno político, con un detalle clave: el gran capital no tenía partido ni candidato. Y comprendía claramente que, para vencer al oficialismo, debía encontrar por los menos un cara «progresista». Volveremos sobre este punto, ya con hechos que prueban nuestras afirmaciones.

En la medida que esa operación destinada a presentar una oposición de corte socialdemócrata-socialcristiana no dio pasos suficientemente firmes, se hizo viable el cambio en la UIA. Pero está claro que quienes transaron con la fórmula encabezada por De Mendiguren, le ponían a éste -y a través de él al gobierno- condiciones contantes y sonantes, en primer lugar las relativas a la distribución

de la riqueza, es decir, condiciones laborales (productividad) y nivel salarial.

Esa exigencia es una de las causas detrás del destemplado ataque de CF al titular de la CGT: con paritarias que desbordan el 30% y permanentes interrupciones o trabas en la vida productiva, la plusvalía se reduce, la productividad cae y la tasa de ganancia cede los extraordinarios niveles de los últimos años.

No terminan allí las demandas del gran capital: disputan con los sindicatos los fantásticos réditos de las obras sociales (subsidios oficiales incluidos), el manejo de fondos previsionales y nichos de negocios sobre los cuales ha avanzado el sector comandado por la actual dirección de la CGT. Último, pero de primera importancia: era necesario frenar el proyecto de Ley para que las empresas repartan sus ganancias con los trabajadores (disposición constitucional por supuesto incumplida), presentado al Congreso por la CGT a través del diputado Héctor Recalde, mano derecha de Moyano.

Apenas asumió, servicial como es, De Mendiguren trasladó estos amables pedidos a la presidente. En esa oportunidad, CF aseguró a la UIA que el proyecto de Ley no pasaría en el Congreso.

Sindicalismo y política

La otra causa que explica el paso dado por CF es el avance de Moyano y su equipo en el terreno político. El titular de la CGT avanzó mucho en la conformación de una corriente política, con dos reuniones nacionales (en Huerta Grande y Tandil), y puso una cuña poderosa con la recreación de la Juventud Sindical Peronista. (Nota para los menores de 50 años: en 1973 la JSP

fue la creatura de la ultraderecha contra la JP, donde militaron los sectores de izquierda peronista y Montoneros. Otra nota, para todos: la ultraderecha de entonces y de ahora acusa al gobierno de estar infiltrado por ex miembros de aquella JP).

Moyano no controla los sindicatos industriales. Pero con el mando en Camioneros y la adhesión de otros cuantos sindicatos capaces de gravitar sobre el orden social y la capacidad productiva aunque no puedan paralizar directamente la producción, tiene un inmenso poder político, acrecido hasta niveles sin precedentes en el sindicalismo por el verdadero trust de empresas y centros de manejo económico que controla, sin contar las alegadas acusaciones de corrupción, que por sí solas valdrían para que la burguesía quiera ponerle coto, además de agradecerle los servicios prestados, tal como varios dirigentes cegetistas subrayaron tras el charrón: «en 9 años ni hicimos un paro general».

Moyano lanzó -muy probablemente como globo de ensayo- a su abogado Héctor Recalde como precandidato a vicepresidente. Los principales cuadros de la CGT salieron a avalar, si no el nombre, sí el lugar, como reclamo legítimo de lo que ellos llaman, a veces, «el movimiento obrero». Moyano lanzó a Amado Boudou como precandidato a jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Moyano reclamó en sordina la candidatura a vicegobernador de la provincia de Buenos Aires para uno de los suyos y, cuando recibió negativa frontal a esto último, lanzó un candidato propio: un intendente prefabricado como líder nacional por el propio NK, hasta que tuvo que echarlo malamente. Sin detalles públicos, la

guerra es frontal en la pelea por candidatos a intendentes en el Gran Buenos Aires y por diputados nacionales y provinciales.

La mano del amo

¿Cómo actúa el imperialismo frente a este cuadro? Parece innecesario subrayar que Washington querría tener otro elenco en la Rosada, sobre todo para alinearlos sin rodeos con la política de la Casa Blanca frente a América Latina y acabar con los gestos de simpatía (siempre falsos, cada vez menos frecuentes) respecto de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Pero eso es sólo un aspecto de la política imperial. Decíamos también en el texto citado, en diciembre de 2009:

«El ingreso al G-20, equivalente a la asunción explícita de la estrategia imperialista frente a la crisis mundial del capitalismo, resume ese giro (hacia la égida de Estados Unidos) definitivo e irreversible, que no obstante se expresará en repetidos zigzagueos, con ángulos más agudos cuanto más estrecho sea su margen de maniobra».

La próxima reunión de presidentes del G-20 será en noviembre, en Francia; de modo que CF no tendrá que definir su postura pública antes de las elecciones. Pero no sólo la ha definido hasta ahora, sino que ha traído de vuelta al FMI y ha enviado a su ministro de Economía a negociar con el Club de París, quien arregló ya el pago de la deuda según el monto que los acreedores exigen, aunque también para después de octubre.

Pese a esto, el gobierno pudo llevar a cabo el imprescindible guiño a izquierda, culminado con éxito impar: con excepción del infantoizquierdismo, que por la mis-

ma razón que un reloj detenido da la hora exacta dos veces al día no cayó en la trampa, sólo pequeños agrupamientos marxistas y otros de proveniencia peronista (suficientemente escaldados por la experiencia), rechazaron la idea del «mal menor». Pero el zigzag, como previsto, debía ser en ángulos más agudos cuanto más estrecho se hizo el margen de maniobra, por lo cual ahora viene esto: el guiño a derecha.

Debilidad como punto de partida

Si bien es cierto que la imagen de CF ha mejorado en el electorado, no lo es menos que el rechazo continúa siendo elevado en los principales centros urbanos, con una única excepción: el Gran Buenos Aires, donde se concentra el grueso del electorado. En todo caso, la conducta del gobierno no avala la idea de que está convencido de haber ganado ya, con holgura y en primera vuelta.

De los hechos se desprende que CF y su equipo no acometieron el combate contra Moyano porque se sienten con suficiente fuerza y respaldo electoral y ya no necesitan de él, sino por necesidad electoral y presión directa del gran capital. No es un acto de arrojo. Parece más un salto al vacío en situación sin opciones.

Para que no queden dudas respecto a concepciones y posturas respecto de la corrupta burocracia sindical, horas antes de dar su discurso CF se reunió con Gerardo Martínez, cuya hoja de ruta es capaz incluso empalidecer la del actual titular de la CGT. Días antes había trascendido por boca de fieles portavoces del alto empresariado que, ya en el viaje a Corea para la reunión del G-20, con Martínez como miembro de la comitiva presi-

dencial, se había tejido una operación para que éste reemplazara a Moyano en la CGT.

Ahora bien: enfrentar a la burocracia paga electoralmente... bajo ciertas condiciones. Raúl Alfonsín dio el mazazo final de su victoriosa campaña en 1983 cuando hizo un poderoso hallazgo y enarboló la consigna «contra el pacto militar-sindical». Pero hay diferencias notables respecto de aquel momento: había una sociedad movilizada, ansiosa por votar y recuperar la democracia, que odiaba a militares y burócratas sindicales; detrás de Alfonsín estaba la UCR; el aparato burocrático sindical estaba debilitado por su papel en el período 1973/76, por los años de dictadura y por el desprestigio de su dirigencia de entonces. Sólo en el último aspecto de este último punto puede compararse el cuadro actual con el que permitió la victoria de Alfonsín. Pero ese parecido desprestigio se desvanece al comparar el poder económico y los espacios políticos ocupados por la burocracia entonces y ahora.

Cabe así preguntarse: en relación con la gobernabilidad hasta el 23 de octubre ¿será políticamente inocuo llegar a la ruptura con Moyano? ¿logrará CF la armonía social suficiente para ganar votos en los centros urbanos? ¿un freno a los salarios (como el puesto al 82% móvil) no acabará mellando el voto en las filas obreras? ¿reemplazará el peso económico, organizativo y de articulación política de la CGT con otros sectores de la burocracia y socios del tipo del Movimiento Evita y el grupo de D'Elía? ¿Aceptará en silencio la CGT que su proyecto de Ley para repartir ganancias caiga en el olvido? En caso contrario ¿no tendrá esto ningún efecto electoral? En términos crudamente comiciales: ¿la even-

tual ruptura con Moyano redundará en más o menos votos para el gobierno?

Horas después del choque, el gobernador Scioli llamó a una reunión del PJ (del cual Moyano es vicepresidente nacional y presidente en la provincia de Buenos Aires). Sea lo que sea que salga de allí, es obvia la división entre ambas figuras. ¿Eso fortalece o debilita al elenco oficial? Además, eso tiene una dinámica: ¿reeditarán Martínez y Moyano los reiterados enfrentamientos violentos entre sus aparatos? ¿Alguien estima que CF tiene mando real para impedirlo e imponer una dinámica de armonía, concediéndole lo suficiente a Moyano para que éste no sabotee su candidatura pero no tanto como para satisfacer al capital? ¿Aceptará Moyano sin chistar que le quiten el manejo de los fondos de la Administración de Programas Especiales (APE) y no le paguen los 6000 millones de pesos que alega como acreedor por sus obras sociales? ¿si CF le saca el collar al juez Oyarbaid y lo lanza contra Moyano... cómo sigue esta historia, en la que hay 80 obras sociales enjuiciadas por crímenes y latrocinios?

Más todavía: si de verdad CF quiere terminar con los cortes de calles y rutas ¿mantendrá el apoyo electoral de los sectores que los hacen? ¿eso no influirá en la conducta de los autodenominados «grupos piqueteros», cooptados por el Ejecutivo? Y por último: la necesidad de apoyarse en Scioli contra Moyano ¿no le costará demasiado caro a la presidente en materia de poder efectivo, por uno y otro lado, en su eventual segundo mandato?

Todo esto, condimentado por la proverbial capacidad del PJ y sus segmentos para pasar sobre cualquier principio y llegar a un acuerdo final, permite la hipótesis de que la

sangre no llegará al río. Aun en ese caso los episodios en curso tendrán necesariamente un alto costo político y electoral para la presidente, sobre todo si se sostiene la hipótesis de un futuro mandato, al cual ingresará despojada de poder efectivo.

Un ejemplo: esta nota se redacta el 13 de mayo: hoy se produjo la segunda postergación en la designación por parte de CF del candidato al gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Aparte cualquier consideración sobre las dignidad individual de Boudou, Filmus y Tomada, quienes esperan como perritos falderos la miga que arroja la señora, es claro que CF no tiene la capacidad arbitral para saldar esa pelea, sin olvidar que Boudou es el candidato de Moyano. Es presumible que en terrenos de mayor gravitación, la presidente tiene menos margen de maniobra.

La oposición burguesa

Mientras tanto, rodaron las cabezas pre-presidenciales de Macri y Solanas y, aunque sin resignar todavía, también la de Duhalde. La UCR se unificó tras Alfonsín, quien en función de un plan diseñado tiempo atrás por la socialdemocracia (y avalado formalmente por el socialcristianismo, como estas páginas lo denunciaron en su momento), extiende la mano hasta la ultraderecha, en la figura de Francisco de Narváez, para armar un bloque electoral y acometer el objetivo de la victoria con un lodazal como base de apoyo.

Como destacamento en la recomposición de fuerzas marxistas, la UMS puede cometer errores no sólo en la obligada proporción de cualquier interpretación política, sino incluso más, por la imposibilidad de sentir cada día la opinión del movimiento obrero real y del pueblo en

general. Pero esos eventuales errores no serán jamás frutos de la improvisación o del salto irresponsable de posiciones (por ejemplo el de varios grupos infantoizquierdistas que, tras descargarse pullas mutuamente durante años y en cualquier circunstancia, acabaron formando un así bautizado «Frente de los trabajadores y la izquierda», con el único y confesado objetivo de mantener el registro electoral). Permítasenos volver a recurrir al texto ya citado, de diciembre de 2009. Decíamos entonces:

«La burguesía que respaldó el golpe de mano de 2001 está alentando nuevamente a Eduardo Duhalde como jefe alternativo del peronismo. Pero no como candidato a ganar la presidencia en 2011. El propio Duhalde ha dicho que el próximo gobierno no será peronista. Busca recomponer el PJ y presentar un candidato para que pierda. Uno de los posibles delfines es el actual gobernador de Salta. El propósito de fabricar como candidato ganador en 2011 a Mauricio Macri parece fallido antes de hacerse público. La estrategia entonces consiste en entregar el gobierno a alguna fórmula surgida de la alianza entre la UCR, la Coalición Cívica y el PS. Pero tampoco en ese conjunto hay candidatos con perfil aceptable y, sobre todo, con chances de garantizar por un período la gobernabilidad. La figura del vicepresidente Julio Cobos no ofrece el mínimo de consistencia necesaria, a juicio de quienes preparan esta operación. Aparece así el nombre de Hermes Binner, titular del Partido Socialista y gobernador de Santa Fe, la segunda provincia argentina».

Cuando ese texto fue aprobado

por el CC de la UMS, la muerte de Raúl Alfonsín no se había traducido todavía en la reivindicación -dentro de la UCR y en sectores de la sociedad- de su hijo, lo cual a su vez produjo el fenómeno por todos conocido: la caída de sus adversarios internos y su consolidación como único candidato opositor con posibilidad de obtener algún respaldo electoral, si bien Elisa Carrió tiene todavía algún margen para arrastrar a sectores minoritarios ganados por la confusión, la despolitización y el temor a todo, en tanto Duhalde mantiene el poder del todavía poderoso aparato que conduce.

El inesperado efecto Alfonsín invirtió la fórmula y puso a Binner en segundo lugar. Pese a los escarceos por la alianza de la UCR con el ala De Narváez del Peronismo Federal (y posiblemente también con Felipe Solá, si no se los birla Carrió), hoy Binner dijo textualmente: «hay mucha definición (sic) alrededor de la figura de De Narváez que nos cuesta poder incorporarlo a nivel nacional». Y de inmediato agregó, en su particular castellano: «no podríamos nosotros impedir un acuerdo que pueda lograr un distrito».

Traducido: la artimaña de la UCR surte efecto, al explicar que el acuerdo con De Narváez es en la provincia de Buenos Aires, para que dispute la candidatura a gobernador con Alfonsín como candidato a presidente, pero que a nivel nacional se formará un «Frente Progresista», con la fórmula Alfonsín-Binner.

Esto, de paso y en la medida en que Binner no vuelva a desdecirse (¡y nadie debería apostar por eso!), deja descabezado el proyecto de una tercera fuerza, que con Binner como candidato presidencial, con el apoyo de sus seguidores en Santa Fe, de Luis Juez en Córdoba y de

Solanas en la Capital Federal, apuntaba la posibilidad de hacer fuerza contra el bipartidismo. Si esta inviabilidad ya anunciada se concreta, queda el riesgo letal de que abierta o solapadamente, el sector no oficialista de la CTA y Psur, acaben haciendo un negocio electoral con Alfonsín como candidato. Algo de eso se jugó en la Capital Federal, donde la UCR no se incorporó a la alianza encabezada por Psur, pero ahora sus dirigentes informan que no presentarán candidatura local, dejando de hecho a sus electores como base de Solanas y, también, de Macri. Una y otra vez a lo largo de los años hemos señalado que la CTA (ahora el sector opositor, sumamente disminuido), al cabo de sus zigzagueos a terminado siguiendo la línea trazada desde el Vaticano para las fuerzas alineadas en el socialcristianismo. Si eso ocurriera una vez más, se vería a sus principales figuras encolumnándose tras Alfonsín y Binner, completando la lapidación de una perspectiva independiente.

Merced a la nueva ley electoral, el 14 de agosto habrá lo que se denomina «Internas abiertas y obligatorias», donde cada formación elige su candidato presidencial. El detalle es que no hay disputa por la candidatura al interior de ningún partido. De modo que esa instancia operará como primera vuelta y ya se discute que figuras como Duhalde y Carrió, comprobado su falta de respaldo y tras cubrir las formas como fuerzas supuestamente independientes, pasen a negociar cargos con Alfonsín y retiren sus candidaturas para octubre en función de «la unidad nacional», dejando «en libertad de acción» a sus seguidores, pero jugando sus aparatos y el peso que les queda en nichos electorales a favor del bloque opositor burgués.

Según como se desarrolle esta telenovela electoral, el gran capital decidirá si apoya formalmente a Alfonsín o juega una vez más la carta CF, como lo hizo, in extremis, en 2007 cuando comprobó que Lavagna no concitaba apoyo suficiente en la sociedad y, tras inventarlo y financiarlo como candidato, viró en redondo y pasó a negociar con NK.

Bipartidismo bastardo

Así las cosas, los dos troncos tradicionales de la burguesía obtendrán en octubre más del 80% de los votos para la presidencia. No es descartable que el apremiado Frente infantozquierdista recepte el voto de una militancia frustrada por la imposibilidad de lograr una instancia de masas antimperialista y anticapitalista, empujada además por el papel confusionista y desviacionista cumplido por Psur y CTA. Pero, incluso en la hipótesis de que las tres formaciones que lo integran quintuplicaran sus resultados habituales, eso sólo podría ser entendido como una victoria desde una visión electoralista, evolucionista y reformista de la historia: las masas, las juventudes, en primer lugar el proletariado, no ven alternativa allí y no votarán a supuestos marxistas cuyo único punto de acuerdo es condenar las revoluciones en curso en América Latina y señalar a Hugo Chávez como agente del imperialismo.

La mayoría abrumadora que obtendrá una vez más el bipartidismo repetirá lo que viene ocurriendo desde la recuperación de la constitucionalidad, en 1983. Pero el bipartidismo ya no es UCR-PJ y sólo sobrevive mediante una ley absurda, insostenible jurídica y políticamente, más la conducta vergonzosa de sus dirigentes: CF se

alía a nivel nacional con Carlos Menem, Aldo Rico, Ramón Saadi y Juan Manuel de la Sota, para sólo mencionar los próceres más conocidos de la burguesía decadente. Ya se ha dicho cuáles son las juntas de Alfonsín, ahora apalancado formalmente (hasta nuevo aviso), por Binner.

Éste es un bipartidismo bastardo, incapaz de promover y alcanzar -sea en versión CF o RA- la mentada «unión nacional». Para colmo del grotesco, uno y otro lado se proclaman «desarrollistas», como si esa variante burguesa no hubiese fracasado con los nombres de Frondizi y Onganía. Como si esa pseudoteoría del pseudoprogreso no hubiese culminado en la ultraderecha en su primera versión culta y refinada, para repetirse -con apoyo abierto de la burocracia sindical y del propio Perón- en la figura brutal y ridícula del general ultracatólico.

Nuestra posición

Por razones de coherencia y responsabilidad política, nos vemos obligados a citar largamente un texto de enero de 2010, que sobre la base de la resolución antes citada abordaba sin rodeos la perspectiva electoral:

«En este cuadro, el intento por atraer a Binner a un bloque con sectores a su izquierda tiene como factores positivos el hecho de que abortaría un elaborado plan burgués-imperialista, neutralizaría el plan oficial plasmado con la reforma electoral, aceleraría la disgregación de los aparatos tradicionales y contribuiría a iniciar una situación de realineamiento y recomposición en todos los terrenos. Adicionalmente,

pondría en situación de desbande a las franjas de izquierda (particularmente el PC, el PC-CE y otros pequeños agrupamientos), que han jugado su maleable destino a una alianza con el elenco gobernante.

(...)

Como contrapartida, el inmenso caudal social en disposición para emprender un camino de transformaciones profundas sería encauzado, al menos por un primer período, hacia la camisa de fuerza de un frente conducido y hegemonizado por dirigentes y estructuras cuya única estrategia sería el salvataje del capitalismo con retórica reformista.

Téngase en cuenta, además, que si esta hipótesis se verificara, sin duda un sector numérica y políticamente importante de la UCR rompería con el tronco partidario y se sumaría a este bloque. Estaría conformado así, aunque en un cuadro por completo diferente, un Frente Popular entendido según la fórmula stalinista de los años 1930 en adelante.

Dado que el punto de partida insoslayable es la inexistencia de acumulación de fuerzas mínima para presentar una opción desde la perspectiva revolucionaria socialista, se trata de evaluar en qué medida una táctica electoral puede aprovechar los aspectos positivos arriba señalados e intervenir con la capacidad necesaria para neutralizar y superar el riesgo de que las masas sean arrastradas a un callejón sin salida. No hay aquí una cuestión de principios. Es preciso

diferenciar entre bloque electoral y herramienta política de masas. El dilema estriba en medir con objetividad y precisión si los efectos señalados son efectivamente positivos y si, en una situación de extrema volatilidad, la militancia revolucionaria puede encontrar un punto de cohesión y alcanzar la capacidad para actuar eficientemente tras la perspectiva de la unidad latinoamericana, la confrontación sin concesiones con los imperialismos y la afirmación de cimientos para el socialismo del siglo XXI. El punto en debate es si se puede o no lograr un paso adelante efectivo en la conciencia y la organización de las masas, en pos de superar cualitativamente la noción de frente popular según la fórmula stalinista para dar paso a un frente antimperialista encabezado por fuerzas revolucionarias y con base en las clases explotadas y oprimidas.

(...)

Estas afirmaciones se hacen sobre la base de las siguientes certezas:

a) un éxito electoral que saque al país de la tenaza pejetista-radical producirá un quiebre político histórico, obrará como poderoso estímulo para las masas y sus vanguardias y abonará el camino hacia una genuina perspectiva revolucionaria;

b) toda posición sectaria que contribuya a aislar las voluntades revolucionarias y dejar a las masas en manos de las operaciones políticas de la burguesía, no sólo ayu-

dará al desarme ideológico-político de las mayorías sino que revertirá desmoralizando, desorientando y fragmentando a los sectores de vanguardia que suban a ese tren;

c) la construcción de una herramienta política de masas, democrática, antimperialista, latinoamericanista y por el socialismo del siglo XXI, es condición ineludible; mientras que limitarse al bloque electoral, incluso manteniendo durante la campaña los puntos programáticos señalados, anula toda perspectiva histórica y transforma a candidatos y cargos en instrumentos para mantener el *statu quo*, lo que en las condiciones actuales equivale a un fracaso inexorable y a cortísimo plazo, cuyo colofón no podría ser otro que la completa disgregación nacional y la apelación de las clases dominantes al fascismo como último recurso.

La clave, entonces, es utilizar la coyuntura electoral para la concientización y organización de las grandes mayorías. Y tomar toda eventual victoria—incluyendo la conquista del gobierno—como un paso hacia la recomposición de fuerzas so-

ciales y políticas, la lucha por el poder efectivo y la revolución socialista. Es decir, lo inverso de lo que se ha hecho en sucesivos intentos desde 1983. Es necesario rechazar con idéntica firmeza dos posiciones falsas: la que desconoce la crisis del capitalismo global, los rasgos propios particularmente agravados de esa crisis en Argentina y los efectos en lo inmediato que esto tendrá sobre la política local; y la que desconoce que ante la crisis más grave jamás vivida por el capitalismo mundial, la clase obrera argentina está en su peor momento—enajenada, confundida, dividida, desmoralizada, por completo desorganizada—sin la menor posibilidad inmediata de obrar como clase para sí.

Sobre estas bases, la Unión de Militantes por el Socialismo apoya la línea de acción apuntada a concretar una amplia coalición electoral que sostenga la candidatura presidencial de Hermes Binner (...) La clave de una respuesta revolucionaria, por tanto, se resume en los pasos organizativos a dar» (Eslabón 87; enero de 2010)».

Transcurrieron 15 meses desde la presentación de esta posición y el panorama es inequívoco: Psur se limitó al juego electoral, negó toda perspectiva de organización y se volatilizó a nivel nacional. Ahora queda pendiente de entrar a la segunda vuelta en Capital Federal. Si no lo logra, completará su desaparición del escenario nacional y local. La CTA se fracturó, ambos sectores mostraron que no constituyen una central sindical en ningún sentido, una fracción se sumó al gobierno y la otra se debate entre impulsar

finalmente una herramienta política propia o adosarse a la maniobra socialdemócrata del gran capital. Al compás de esa desagregación, la operación estratégica de la burguesía para captar toda posible oposición al oficialismo ha tenido éxito. El éxito de ellos es tan gravoso para los trabajadores y el pueblo como puede indicarlo el hecho de que valiosos militantes que en aquel momento se esforzaban por construir una alternativa, sucumben hoy ante la trampa mortal del mal menor.

La UMS dio la batalla de las ideas y la llevó a la práctica en la medida de sus fuerzas. La militancia, el activo obrero y juvenil, sabrá juzgar cómo actuó cada uno en esta coyuntura histórica y qué responsabilidad adquiere su conducta ante la revolución en marcha en América Latina, que necesita desesperadamente el concurso de una Argentina antimperialista y anticapitalista. Sabrá entender también dónde pesó más el mezquino interés personal o de grupo, dónde la ausencia de basamento teórico para comprender la realidad y programar una estrategia científicamente fundada.

La lucha continúa. A menos que cambie sustancialmente el panorama vigente a la fecha, para la UMS la única consigna electoral posible es «Por ahora, por ninguno».

Es improbable que tal cambio ocurra antes del 14 de agosto o el 23 de octubre. La burguesía mantendrá su hegemonía política. Nosotros seguiremos batallando para construir una herramienta política de masas, formar cuadros revolucionarios y apoyar desde las bases el proceso revolucionario en América Latina.

Buenos Aires, 13 de mayo de 2011.

Eslabón

para la recomposición
de las fuerzas marxistas
Órgano del Comité Central de la
Unión de Militantes por el Socialismo
Cierre de esta edición:
14 de mayo de 2011

Correo electrónico:
ums-argentina@fibertel.com.ar
pagina en internet:
www.uniondemilitantes.com.ar